

CONFIGURACIÓN DE PEONES

- - - José Raúl Benitez - - -

Un fuerte ruido y la violenta inercia lo despertaron. El cinturón de seguridad lo sujetó para que no saliera expulsado hacia el exterior rompiendo el parabrisas. El coche había perdido el control luego de impactar con algún objeto desconocido y descarrió hacia la banquina. Abrió los ojos lo más que pudo, pero permaneció inmóvil, paralizado por el shock. Tomás miró hacia la izquierda y vio a su primo.

— ¿Estás bien? —preguntó Federico jadeando, al mismo tiempo que con su mano derecha lo sujetaba fuerte a Tomás por el brazo.

— Estoy bien, estoy bien —contestó, confundido, Tomás.

Todavía no apreciaba toda la escena e ignoraba con qué habían chocado. Se desabrochó el cinturón de seguridad y bajó del automóvil, al mismo tiempo que lo hacía su primo. Divisó a unos metros a un caballo ensangrentado que gritaba del dolor en medio de la calzada. Miró a su alrededor, pero no había más animales a la vista. El lugar estaba desolado de vida, el único paisaje que existía a ambos lados de la ruta eran interminables kilómetros de tierra, pasto y árboles.

Federico se acercó lentamente al animal y lo sacrificó de un balazo en la cabeza sin que siquiera le temblase el pulso. La pistola tenía silenciador, así que el disparo no emitió ningún sonido fuerte que pudiera perturbar el silencio de la zona. Aquella frialdad repugnó a Tomás, lo que le obligó a preguntarse por primera vez cómo era posible que un policía tuviera una pistola con silenciador.

— Vamos —dijo Federico al mismo tiempo que subía al auto, del lado del conductor, y cerraba la puerta de un golpazo. De regreso al vehículo, había visto una gran abolladura en la parte trasera derecha, lo cual provocó que la furia invadiera su cuerpo de un segundo a otro.

Tomás permaneció quieto un instante, observando el cadáver. Creía que la culpa no había sido del animal, sino que el choque fue producto de las altas velocidades a las que conducía su primo. Este incidente no era el más grave que había causado Federico, sino tan solo uno más de una larga lista de crímenes perfectos. Sin embargo, había sido la gota que agua que colmó el vaso.

Se volvió a subir lentamente al vehículo, mientras pensaba sobre qué debía hacer con su primo. No era fácil convivir con un psicópata. Sabía que la solución que recomendaban todos los libros especializados era «*escapar del psicópata, no intentar comprenderlo. PELIGRO. PELIGRO. PELIGRO. ESCAPAR*».

Mientras el Renault 21 gris se alejaba con sus dos ocupantes, el cadáver continuaba a la intemperie en la escena del crimen, esperando de un momento a otro convertirse en un magnífico espectáculo para las personas que pasaran a bordo de sus vehículos. Además, sería el manjar preferido de las moscas y los demás insectos necrófagos.

Kilómetros más adelante, fueron interceptados por un control de rutina de gendarmería.

— Investigaciones —dijo Federico, saludando al oficial y mostrándole su credencial policial que sacó de su billetera.

— Vaya tranquilo nomás —dijo el oficial, quien saludó a ambos tripulantes del automóvil con un gesto de cabeza.

Tomás sabía que «*investigaciones*» era una manera corta para designar a la Dirección de Investigación Criminal. Esa palabra aseguraba impunidad, puesto que al pronunciarla y mostrar la credencial nadie hacía más preguntas: poco importaba si el conductor tenía la licencia de conducir vencida hacía más de dos años, si había matado a un caballo minutos antes, si el vehículo no hubiera tenido patente o si llevase tres personas muertas arriba del techo. Tiempo atrás, cuando Federico trabajaba en la Dirección de Toxicomanía, la palabra mágica era «*tóxico*»: en ese entonces, las personas eran advertidas sobre la nocividad de alguien como él, pero nunca entendían.

Diez años antes, el jueves 28 de mayo de 1981, los dos primos Di Bastian y su abuela estaban en la isla San Martín. Ese mismo día, Tomás cumplía 11 años y Federico 22. En el recorrido por la isla, vieron tres nuevas cascadas y leyeron en un cartel que se llamaba Salto Tres Mosqueteros. No eran grandes, ni siquiera altas, sino tan sólo tres pequeñas caídas de aguas más.

— Desde ahora y para siempre, este será nuestro pequeño lugar en el mundo —dijo la señora Di Bastian seriamente, como si sus palabras tuvieran en verdad algún sentido.

Sus dos nietos la escucharon, pero no dijeron nada. Si se tratase de otra persona, ellos seguramente dirían algo sarcástico, pero como se trataba de una anciana a la cual querían mucho, se quedaron callados y la escucharon con respeto.

— Porque estas cascadas son tres y estarán juntas por siempre, tal como nosotros lo estaremos —concluyó la anciana, al mismo tiempo que de manera sutil cerraba sus paraguas, con la intención de que la lluvia ocultara sus silenciosas lágrimas. De todas formas, ya estaba empapada casi por completo, al igual que sus nietos.

Se quedó un rato inmóvil, mirando las aguas caer en picada. Pensaba en cómo les diría a sus amados nietos que le quedaba pocos meses de vida. Contarles a ellos sobre su enfermedad sería más duro incluso que haberse enterado ella misma sobre el cáncer que le consumía los pulmones.

Avanzaron unos metros más y vieron otras cascadas. Irónicamente, esta vez se llamaban Salto Dos Mosqueteros. Si hubiera sido religiosa, creería que aquello era una cruel burla de Dios. Intentó mantener la compostura, puesto que había viajado hasta ese hermoso lugar para pasar un día feliz, para construir recuerdos agradables a los que sus nietos pudieran aferrarse una vez que ella ya no estuviera con ellos.

Federico apuntó con su cámara polaroid a las cascadas, al mismo tiempo que se acercaba más para ajustar mejor el ángulo de visión. Estaba juzgando si valía la pena perder un cartucho en aquél paisaje.

Bastó un gesto de su abuela para que Tomás empezara a sospechar la verdad y a relacionar actos aparentemente aislados. Todavía no descubría el cáncer, pero sí sabía que algo andaba mal, muy mal. Sintió algo raro en el pecho, como si se lo estuvieran pisando, mientras en su cabeza sus pensamientos viajaban a la velocidad de la luz para intentar refutar su hipótesis. Pero no lo lograron; al contrario, la verificaron. Volvió a mirar las cascadas. En psicología, soñar con agua significaba emociones intensas; Tomás sabía que no estaba soñando pero quiso despertar de esa pesadilla.

Para mantenerse ocupado en algo, como un mero autómatas, metió su mano en el bolsillo derecho de su pantalón y sacó un papel celeste que estaba casi completamente mojado y en ese momento era legible sólo la mitad superior: decía «Para un futuro gran psicoanalista». La dejó caer al suelo y ésta comenzó a desintegrarse con el agua, mientras que a su estado de ánimo le ocurría exactamente lo mismo.

Luego de haber llegado a su casa y almorzado, Federico fue a buscar a su hijo en la casa de la madre de éste. Tomás fue a la sala de la biblioteca. Su cerebro estaba demasiado estimulado, trazando un meticuloso plan. Media hora después, agarró el teléfono que estaba colgado en la pared, marcó un número y, cuando finalmente le atendieron, dijo:

— Hola, Ferreira, soy yo, Tomás —su tono era más alto y serio de lo habitual—. Tomás Di Bastian, el criminólogo.

— Si, sé quien sos, te reconozco la voz. Me había resignado a que no volvería a tener noticias tuyas —dijo, y era totalmente sincero—. Por amor de Dios, Tomás, decime que nos das el visto bueno.

Máximo Ferreira era el director de *Animal Racional*, una revista especializada en ciencias humanas. Los últimos cinco meses había esperado impaciente la llamada de Tomás para que le autorizara una publicación sobre su tesis.

— Tenés luz verde, podés publicarlo. Cuanto antes mejor —dijo Tomás.

La alegría que provenía del otro lado del tubo era casi palpable. Ferreira sabía que un informe especial sobre esa tesis consagraría a su revista de manera definitiva y le daría el prestigio que tantos años había buscado. Además, estaba seguro que el tema de los psicópatas vendería mucho porque era algo morboso.

— Lo publicaremos este mismo miércoles, aumentaremos la tirada de ejemplares. Será un éxito a nivel de ventas, ya lo puedo ver...

Siguieron hablando un par de minutos más y luego colgaron. Tomás temía al huracán que se acercaba. Tenía sus dudas sobre lo que acaba de hacer, pero eso mismo lo reconfortaba, porque siempre se había equivocado cuando había estado totalmente seguro de hacer lo correcto.

Buscó en su biblioteca un libro de detectives para comenzar a leer, pero no le gustó ninguno. Estaba harto de ese tipo de literatura. Agarró varios libros de Nietzsche y fue hasta su escritorio, donde empezó a hojearlos mientras leía detenidamente las líneas que estaban marcadas con lápiz.

Al atardecer, Federico llegó a su casa junto a su hijo Ezequiel, de siete años, y su pastor alemán.

— Tu tío debe estar en su dormitorio, andá a despertarlo, pero no le hagas enojar mucho.

— Vamos, Bauer —le dijo Ezequiel a su perro mientras corrían por las escaleras hacia el primer piso.

El dormitorio de tío Tomás estaba abierto, pero miró en su interior y no había nadie. Entonces fue a buscarlo en la biblioteca, pero no entró. Tío Tomás le había dicho que no debía abrir la puerta de la biblioteca, sino que debía golpearla primero

— Abra la puerta, soy un agente del FBI —dijo, mientras golpeaba la puerta lo más fuerte que podía con sus pequeñas manos—. Ábrala o sino la derribaré abajo a patadas.

Tomás abrió la puerta y lo dejó pasar.

— Tío Tomás —dijo Ezequiel mientras se lanzaba con toda su fuerza hacia el cuerpo de su tío, al mismo tiempo que acomodaba sus manos alrededor de la nuca de éste.

Tomás miró fijo al perro y le cerró la puerta en el hocico, en el mismo instante que el animal se tiraba al suelo y se tapaba la cabeza con sus patas delanteras. Nunca más volvería a entrar en esa sala luego del desastre que había causado la semana anterior.

Ezequiel se sentó en un sofá que estaba cerca de las amplias ventanas y esperó que su tío trajera un juego de ajedrez. Para su disgusto, Tomás trajo el mismo juego Staunton N° 5 de madera con el que siempre jugaban, el cual estaba viejo y desgastado.

— ¿Por qué no podemos jugar tan sólo una vez con el tablero de cristal que tenés encima de aquel estante? —dijo Ezequiel, con mirada de reproche hacia su tío y señalando hacia arriba de una pila de libros desordenados.

Sus ojos eran del mismo tono de gris que los de su padre, pero había algo muy diferente en las miradas de los dos, porque los ojos de Federico observaban fijo —analizando meticulosamente a las personas para ver qué tenían ellas que él necesitase—, mientras que la mirada de su hijo era perspicaz pero de una manera inocente y cálida.

— Ya te lo dije cientos de veces. Ese juego de ajedrez significa mucho para mí y si rompés o perdés una pieza, tendría que arrancarte la cabeza —dijo Tomás de una manera exageradamente seria.

Ezequiel se rió a carcajadas. Era por cosas como aquella por la cual quería a tío Tomás, porque era divertido y no lo trataba como a un simple niño,

sino como a una persona de verdad. Empezaron a jugar una partida. Él no quería que le dieran ventajas, así que jugaron con las 32 piezas en el tablero.

— No quiero que me dejes ganar, porque sino no te voy a querer más — dijo en un tono amenazante, al mismo tiempo que hacía avanzar dos casillas el peón de su rey.

Tomás sonrió. Su sobrino siempre le decía lo mismo. Era admirable que un chico de siete años fuera tan íntegro incluso en los juegos. Pensó que el día en el cual él ganara no estaba muy lejos, y temía que no se pusiera contento sino que se enojara porque creería que lo había dejado ganar. A pesar de que Tomás no lo dejaba ganar, tampoco era despiadado con él; sin embargo, cada semana las partidas eran más equitativas y Tomás debía estar siempre atento para no perder.

La guerra había comenzado. La apertura había sido una siciliana, variante del dragón. En el medio juego, Ezequiel sacrificó un caballo.

— Si no sacrifico no sería yo —dijo sonriente.

Un ligero escalofrío incomodó a Tomás. ¿Sería capaz Ezequiel, dentro de unos años, de sacrificar de manera tan insensible a un caballo real? No tenía ningún síntoma evidente de que fuera un psicópata, pero igual se preocupó, aunque su temor sólo duró unos leves instantes. Su sobrino era el chico menos manipulador y egoísta que él conocía.

Después de unos minutos, como era previsible, Ezequiel dio un suave golpe en la parte superior a su rey y lo dejó caer sobre el tablero, porque era ineludible su derrota; sabía que un buen ajedrecista jamás debía permitir que le hiciesen jaque mate, sino que debía rendirse como un caballero cuando la victoria del adversario fuese inevitable.

— Hace un rato, antes de venir para acá, mi papá se quedó hablando con mi mamá —empezó a decir Ezequiel a su tío, mientras volvía a acomodar sus piezas para una nueva partida—, le pidió perdón por haberla engañado con otra mujer. Ella le dijo que no volvería con él, pero vos y yo tenemos que pensar algo para que ella lo perdone.

Aceptar la separación de los padres era difícil para cualquier chico y siempre guardaban en su interior el más profundo deseo de verlos juntos, para volver a ser una familia completa. En los últimos años, Federico y Laura se habían separado y vuelto a juntar decenas de veces y, en ese tipo de relación, el que más salía lastimado, como siempre, era el hijo. Tomás sentía una enorme angustia cada vez que su sobrino y la madre de éste volvían a la casa de su familia materna, luego de una violenta discusión de ésta con su esposo. La última vez que se separaron, él se había prometido a sí mismo que no haría nada para volverlos a reconciliar, por más que Ezequiel le insistiera en que lo ayudase. Era mejor que su sobrino se hiciera la idea de que probablemente sus padres jamás volverían a vivir bajo el mismo techo.

— Esta vez no haremos nada —dijo Tomás taxativamente.

— ¿Por qué no? Yo quiero vivir acá, en esta casa, con mi papá y con vos. ¿Vos no querés lo mismo que yo, tío Tomás?

— Ellos ya son grandes, saben lo que hacen. Yo ya no voy a hacer nada para intentar juntarlos y espero que vos tampoco.

¿Acaso tío Tomás ya no lo quería? ¿Acaso se estaba convirtiendo en un adulto sin sentimientos, como todos los demás adultos que él conocía?

— Analicemos nuestra partida anterior —dijo Tomás, cambiando de tema—. Tenías calidad de más pero te confiaste mucho. Tu configuración de peones era muy mala. Esos dos peones del flanco rey no sólo estaban doblados sino también aislados. ¿Y qué habíamos dicho acerca de los peones aislados? Que eran débiles, muy débiles. No tenías que sacrificar tu caballo y muchísimo menos forzar un cambio de damas, ¿no te acordás lo que decía José Raúl Capablanca? Sólo debés simplificar las piezas grandes si tenés una buena configuración de peones. En ajedrez, la estructura de peones es lo fundamental. Los peones aislados o doblados son débiles, por eso siempre deben permanecer uno al lado del otro.

Giraron el tablero, para que esta vez Tomás jugara con las piezas blancas.

— Táctica y estrategia, tácticas y estrategias —dijo Ezequiel burlonamente—. ¿Qué clase de tarado se llama *José Raúl*?

A las nueve de la noche, con una religiosa puntualidad, los tres Di Bastian se sentaron alrededor de la mesa para cenar milanesas de pollo con papas fritas, las cuales Federico había comprado en una rosticería. Ezequiel estaba mirando unos dibujos animados en la televisión, pero no le prestaba demasiada atención: ya había visto ese mismo capítulo un montón de veces.

Ahí sentado, Tomás se sentía como hubieron de sentirse los músicos de la orquesta del Titanic. Éstos, mientras el barco se hundía, no habían tenido nada mejor que hacer que tocar sus piezas preferidas. Tomás sabía que también su nueva pequeña tragedia personal era inevitable, ¿así que por qué no habría de gastar sus últimas horas en algo agradable? La calma que precedía al huracán no tenía por qué ser sufrida tanto como el huracán mismo.

Federico, como siempre, empezó a contar una anécdota. Esta vez se trataba del papá de Bauer, un perro antidroga que había desplumado por completo a una gallina. Tomás ya había escuchado decenas de veces esa historia, como casi todas las demás que contaba su primo. Pero ésta tenía algo particular: era la única que Federico siempre contaba de la misma manera, sin distorsionarla para adaptarla al gusto de sus interlocutores. Todas sus demás historias tenían, cada una, cientos de versiones.

— «¡Policías hijos de mil puta, agarren al perro, agarren al perro!», gritaba la vieja que era dueña de la gallina —dijo Federico extasiado, mientras los tres reían de una manera inusualmente sonora.

La alegría de Federico era tanta que derramó un par de lágrimas y su cara se había puesto roja. Tomás jamás pensó que algún día presenciaría semejante escena. Sabía que nadie lloraba de alegría por algo así, a menos que estuviera en un período de mucha tensión y necesitase desahogarse con algo, como en los funerales, donde de repente uno tiene muchas ganas de echarse a reír...

Luego de cenar, Federico tuvo que llevar a su hijo de vuelta a su casa. Tomás no tenía ganas de acompañarlos, pero su sobrino no le había dejado otra opción.

Los primos Di Bastian regresaron a su casa poco antes de la medianoche. Tomás fue el primero en bajar, para abrir el garaje. Una muchacha no tardó en salir por la puerta principal. Federico la vio y la miró de reojo, pero luego fingió su mejor sonrisa y la saludó lo más amablemente que pudo, con un ligero movimiento de cabeza. No le importaba que fuese la novia de su primo, no entendía por qué razón Tomás le había dado la llave de la casa.

Fernanda Zeniquel veía algo artificial en la forma de ser de Federico. Como analista de marketing, sabía muy bien cuando alguien le quería vender algo y, definitivamente, él quería venderle una falsa imagen de sí mismo. Estaba segura de que su sonrisa era fingida y que detrás de esos diminutos y mortecinos ojos grises se escondía un loco peligroso, dueño de una personalidad ventajera, manipuladora y egoísta. Con sus pantalones y campera de jeans, parecía un modelo de una campaña publicitaria de cigarrillos. Esa actitud de indomable seductor y esa mirada de que nada era importante lo delataban: sí, sin dudas, se trataba de la mirada de un loco peligroso.

Luego de abrir el portón del garaje, Tomás fue a abrazar y besar a Fernanda. No se habían visto en cuatro días y, para desilusión de ambos, las largas ausencias se habían convertido en una constante en su relación.

— ¿Cómo estás? —le preguntó mientras entraban rápido a la casa guiado por él, puesto que no quería que ella viera la abolladura del auto.

— Muy bien, mañana a la mañana voy a La Plata en un viaje de trabajo —dijo Fernanda—. Es una suerte encontrarte en tu casa, no nos vemos desde el jueves.

A Tomás no le fue muy difícil convencerla de que se quedaría a pasar la noche. Luego del sexo, como ninguno de los dos fumaba, se limitaban a hablar de cosas íntimas y de proyectos futuros, hasta que uno de los dos se quedaba dormido. Pero ese día a él le había pasado algo y ella lo sabía, porque Tomás sólo se ponía de esa forma —con ese ensimismamiento tan silencioso y característico—, cuando algo importante le había sucedido. Algo que obligaba a su mente a desprenderse de su cuerpo, mientras sus brazos la abrazaban por detrás de una manera intensa, como si eso pudiera mantener a salvo su cuerpo durante el tiempo que su alma lo abandonaba para vagabundear por inciertos destinos.

Sabía que sus padres lo querían, que sólo no recordaban su cumpleaños porque eran personas muy ocupadas, pero igual no podía evitar sentirse mal. Intentó pensar en cosas agradables. Pronto su padre volvería y lo llevaría al aeropuerto, donde se encontraría con su abuela y con Federico. Estaba aburrido, con la cabeza apoyada contra la ventanilla del automóvil, esperando, pero no le gustaba esperar. Su padre, el doctor Di Bastian, le había

dicho que sólo vería a un paciente; prometió que volvería dentro de cinco minutos, pero ya había pasado más de media hora y aún no volvía.

Un joven dio unos golpecitos a una ventanilla del vehículo, del lado del acompañante, donde él estaba sentado. Al ver que llevaba un guardapolvo, Tomás bajó el cristal sin temor.

— Hola Tomás, me llamo Joaquín —dijo—. Tu papá entró al quirófano para hacer una cirugía de emergencia, pero antes me encargó que te llevara al aeropuerto. Vamos a ir en mi auto.

Tomás subió el vidrio, abrió la puerta, agarró su mochila y salió del vehículo. La playa de estacionamiento exclusiva para médicos estaba casi desierta.

Sabía que el doctor Joaquín Zeniquel trabajaba con el doctor Di Bastian, puesto que este último muchas veces hablaba con su mamá sobre aquel en la cena.

— El doctor Di Bastian a veces habla de vos, dice que tenés mucho futuro por delante. Creo que te quiere tanto como a un hijo.

¿Por qué lo llamaba «doctor Di Bastian» y no «papá», como era normal que un chico llamara a su padre?

— Entonces soy tu hermano mayor —bromeó Joaquín, pero por alguna extraña razón Tomás cambió la expresión de su semblante, como si le hubieran dicho algo desagradable—. Siempre quise tener un hermano menor varón —agregó, para que Tomás se sintiera mejor, pero no lo vio cambiar de actitud. Lo miró de nuevo a la cara y se dio cuenta que no estaba enojado, sino que al parecer estaba meditando sobre algo importante.

Joaquín entró a su auto y abrió la puerta del acompañante desde adentro.

— Ponete el cinturón —le dijo a Tomás, mientras él abrochaba el suyo.

— Nunca uso cinturón de seguridad, el doctor Di Bastian tampoco.

— En mi auto todos deben usar el cinturón de seguridad —dijo Joaquín, firme pero relajado.

Tomás lo miró atentamente por primera vez. Tenía piel morena, cabeza cuadrada y cara de buen tipo. Su voz era grave y potente pero agradable y extrañamente familiar. A pesar de que todavía no cumplía los treinta años, sus cabellos estaban repletos de canas, pero se encontraban armonía con las demás partes de su cuerpo, como si siempre hubieran estado allí.

— Te estás tomando el papel de hermano mayor demasiado en serio — dijo, algo malhumorado, al mismo tiempo que abrochaba su cinturón de seguridad.

Joaquín sonrió, pero no contestó a ese comentario.

— Dame tu documento, por si los militares nos detienen en algún lado — dijo.

Tomás tenía el documento en su bolsillo así que lo tendió de inmediato..

— *No te va a servir de nada, porque les voy a decir que sos un cerdo rojo y te van a hacer desaparecer* —bromeó Tomás.

— *¿Tenés aunque sea una mínima idea de lo que estás diciendo?* — preguntó, pasmado, Joaquín.

— *No, pero mi primo me dijo que no tengo que tener miedo a los militares, porque ellos sólo hacen desaparecer a los cerdos rojos.*

— *Y si me hacen desaparecer, ¿quién creés que te llevará al aeropuerto?*

Tomás se quedó en silencio unos segundos, pensativo, y luego dijo:

— *Tenés razón, no me conviene delatarte. Está bien, está bien, si preguntan les voy a decir que vas a misa todos los domingos y que te afeitás la cara todos los días, ¿eso es lo que quieren escuchar, cierto?*

Joaquín, a pesar de que intentó evitarlo, se rió por la ocurrencia del chico. No había previsto que la conversación sería tan desopilante.

— *Si, eso es exactamente lo que quieren escuchar* —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. *Me estás empezando a caer bien.*

— *Creo que vos tampoco me caes tan mal, después de todo* —dijo Tomás irónicamente.

Joaquín miró su reloj y se percató de que no llegarían a tiempo.

— *Che, no quiero preocuparte, pero creo que vas a perder tu vuelo.*

— *No me lo voy a perder, el avión despegará a las 9:10.*

— *¿De verdad? Tu papá me dijo que era a las 8:10.*

—*Mi abuela le mintió, porque sabía que habría un contratiempo. Siempre hay contratiempos, siempre suena ese jodido localizador en el momento menos pensado. Por eso ella le dijo que el avión saldría una hora antes.*

Minutos después, Joaquín estacionó el vehículo.

— *Esperame un segundo acá, ya vuelvo. Tengo que comprar comida balanceada para mi perro.*

Antes que Tomás pudiera quejarse, Joaquín cerró la puerta del auto y se alejó, y en cuestión de segundos se había perdido de vista. Pasaron más de diez interminables minutos y no volvía, lo que provocó que Tomás comenzara a impacientarse y a ponerse inquieto. Se arrepintió de haberle contado la verdad sobre el horario real del vuelo.

Quando despertó, encontró a Fernanda entre sus brazos, exactamente en la misma posición en la que se habían quedado dormidos. Se levantó de la cama y abrió las persianas de los amplios ventanales de su dormitorio, dejando que la luz solar iluminara cada molécula de la habitación. Luego, todavía medio adormecido, despertó a su novia.

— Ya son las siete —le susurró despacio al oído—. Voy a ducharme, no tardo.

Cuando Tomás salió del baño, Fernanda ya no estaba en el dormitorio. Una vez vestido, la encontró en planta baja, en la cocina, preparando café y tostadas.

— Andá a bañarte, me encargo yo —dijo Tomás, quien se encontraba ya completamente despierto gracias a la ducha.

Fernanda le dio a Tomás la taza que estaba batiendo en ese momento y volvió arriba, al dormitorio de éste. No cruzaron más palabras, porque todavía era demasiado temprano para poder pensar algo que fuera mejor que el apacible silencio matutino.

Una vez listo el desayuno, Tomás lo llevó a la mesa de la cocina. Sobre la mesa había unos papeles con unos dibujos que pertenecían a Fernanda. Eran unos grafismos llenos de brillantes y llamativos colores, con unos diseños originales y abstractos que a Tomás le gustaron y representaban, entre otras cosas, dragones, gárgolas y unicornios.

— Me gustan, pero parece como si no estuviesen terminados —dijo Tomás, ni bien Fernanda se acercó hacia él, luego de haberse duchado.

— Esa es la idea, el cliente debe darle el «*toque final*» que crea más conveniente. Es un estrategia muy usada cuando creamos el logo de una empresa, para que el cliente tenga cierta intervención en el proyecto, o al menos crea tenerla; de esa manera queda más satisfecho con el resultado final y siente cierto placer por haber participado en la creación del logo de su compañía.

— Ingenioso, astuto y fríamente calculado —dijo Tomás de una manera totalmente sincera—, ¡me encanta!

Era bueno que ambos siempre tuvieran algo interesante que contar, de esa forma evitaban el chismerío fácil y no hablaban mal de otras personas. En la pareja había mucho más que sólo sexo, mucho más. Fernanda se sintió entusiasmada por la reacción de su novio, así que continuó:

— Pero estos dibujos no son para ningún logo, sino que decorarán las paredes de un bar. Los dueños nos contrataron porque quieren que su lugar se vuelva menos sombrío y así aumentar su clientela, atrayendo a clientes más jóvenes.

— Me encantan, me encantan —siguió diciendo Tomás, mientras sus ojos continuaban hipnotizados y fijos en los dibujos.

«*Sí, definitivamente*», pensó Fernanda. Tomás estaba comportándose de una manera extraña, ya que nunca decía sólo que algo le gustaba o no le gustaba sino que a continuación siempre decía «*pero...*» y comenzaba a justificar sus afirmaciones. Decidió seguirle la corriente un rato más:

— Los colores están inspirados en los cuadros fauvistas más famosos, una etapa de la pintura que no duró más de unos pocos años. Se caracterizaban por usar colores violentos y formas libres. Creían que las pinturas de paisajes y los retratos de personas ya no podían competir contra las fotografías, así que inventaron el movimiento fauvista para rebelarse contra las cámaras fotográficas y así hacer sobrevivir su arte...

Le contó sobre el fauvismo y sobre Henry Matisse y André Derain, a los cuales Tomás jamás había escuchado mencionar. Cinco minutos después, él se olvidaría de casi todo eso, y Fernanda lo sabía, pero en aquel momento él estaba verdaderamente interesado en escuchar todas aquellas cosas. Tomás poseía una memoria selectiva y se acordaba sólo de aquello que creía que le podía resultar fundamental en el futuro.

Mientras desayunaban, sorpresivamente Fernanda le preguntó (acusó):

— ¿Qué estás tramando?

— No entiendo a que te referís —dijo Tomás, poniéndose a la defensiva.

— Sé que te traes algo entre manos, tu comportamiento es extraño. En todos estos años que te conozco, ni una sola vez desayunaste antes de ponerte desodorante. Eso es lo primero que siempre hacés después de ducharte. ¿Cuál es el plan?

Tomás se vio acorralado por su propia novia. Sabía que no era el momento adecuado, pero la escena le resultaba excitante. No podía creer lo descuidado que había sido. Como criminólogo era uno de los mejores, pero sin duda como criminal dejaba mucho que desear.

— No hay ningún plan —dijo intentando ser casual, pero dejó entrever el nerviosismo en su entonación —, ¿por qué pensás que hay algún plan? Sólo me olvidé de ponerme desodorante, ¿cuál es el gran problema?

Fernanda sacó de su bolsillo un desodorante en aerosol y lo levantó, con el disparador del atomizador apuntando hacia el pecho de Tomás.

— Entonces no te importará hacerlo ahora —dijo.

— ¿Por qué tenés tantas ganas de...

— Confesá o disparo —interrumpió Fernanda con una gloriosa sonrisa, ultimando a Tomás.

Tomás sabía que no tenía escapatoria.

— Está bien, ganaste —dijo, y empezó a contarle la verdad.

Cuando Fernanda se fue, Tomás subió al primer piso y entró en el habitación de su primo. Al igual que en su propio dormitorio, había un hermoso desorden pero nada estaba sucio. No se trataba de un completo desastre, sino que era un caos perfectamente armado, producto de dejar abandonadas en cualquier lugar las cosas que no necesitaba más en ese momento: cinturones, camisas y pantalones sobre una silla; un short y una remera arriba de la mesita de luz; medias tiradas en el suelo, revistas de cine sobre la cama deshecha; una taza con café casi vacía en el escritorio; entre otras tantas cosas. Tomás se percató de la curiosa analogía existente entre esos objetos y las personas con las que se relacionaba su primo (a las cuales dejaba abandonadas en cualquier parte cuando ya no les servían para nada). Recordó que esa habitación había sido antiguamente el dormitorio de su abuela.

Revisó todo, intentando ser lo más cuidadoso posible; sabía que no debía confiarse por el simple hecho de no estar perfumado, ya que Federico no

sólo tenía un agudo olfato, sino que, a pesar del desorden, notaría si algo estaba fuera de lugar.

No sentía remordimiento por lo que estaba haciendo, puesto que estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Era hijo de un urólogo y de una bioquímica, así que sabía muy bien que a veces uno debía dejar de lado el pudor y ensuciarse las manos para descubrir ciertas cosas. Incluso él mismo muchas veces había explorado lugares mucho más íntimos para las personas: sus mentes. Siempre había tenido esa infinita necesidad de saber; no podía defenderse de una amenaza oculta, así que quería conocer todo sobre las cosas que lo rodeaban para así estar prevenido de los peligros latentes.

Cuando había transcurrido más de media hora y estaba pensando en darse por vencido, ya que no había encontrado nada sospechoso, recordó que había un lugar secreto para guardar cosas debajo de un mosaico hueco, el cual su abuela había mandado a hacer exclusivamente. En la caja fuerte ella guardaba el dinero, pero en ese escondite estaban las cosas más importantes.

Luego de golpear varios mosaicos del piso, aledaños a la pared donde estaba el respaldo de la cama, encontró finalmente el que buscaba debajo de la mesita de luz izquierda (había una a cada lado de la cama). Con cuidado, quitó el mosaico y encontró un montón de cosas debajo.

Había varios recortes de diario con fotos de la sección policial donde se lo veía Federico de espaldas sujetando a algún que otro delincuente. También encontró un álbum de fotos, las cuales casi todas mostraban a Ezequiel en sus primeros años de vida. Sintió una agrídulce impresión al ver las fotografías de su abuela, Federico y él mismo en las Cataratas de Iguazú, las cuales habían sido tomadas con una cámara polaroid. Los tres sonreían, pero no se trataba de sonrisas hipócritas para la foto, sino que estaban contentos de verdad. En el fondo se veía La Garganta del Diablo y a una decena de pájaros negros volando alrededor. Aquello parecía como si se tratara de una escena sin sentido de una película de poca monta y el paisaje corriese una suerte de absurda metáfora. Recordó la razón por la cual estaban tan sonrientes: segundos antes habían leído en un cartel que quien descubrió las cataratas fue un español de apellido *Cabeza de Vaca*. Vio en el borde derecho inferior de la foto el número 106 escrito con una birome pero no tenía idea de cuál era su significado.

Sintió nostalgia y sus ojos se tornaron brillantes. Todo aquello había quedado en un distante pasado. Había transcurrido más de una década, y esas pasarelas de concreto y maderas habían sido destruidas casi en su totalidad poco tiempo atrás durante una gran inundación. Su abuela ya estaba muerta hace muchos años; el cáncer le había devorado los pulmones luego de quince agonizantes meses.

Siguió buscando y encontró unas pequeñas copas de oro que tenían talladas JV en su base. Tomás ya las había visto antes: se trataban de piezas pertenecientes a la iglesia Jesús Vive. Sintió repugnancia hacia su primo, aunque no era la primera vez que se enteraba de que a éste le gustaba adueñarse de cosas ajenas.

Estaba intranquilo en el vehículo y comenzó a inspeccionar todo lo que había dentro. Investigar su entorno era lo único que lo calmaba cuando se ponía tenso por el aburrimiento. Le hubiera gustado descubrir que Joaquín era un ladrón de bancos, un agente secreto del gobierno o cualquier cosa que hiciese el viaje más emocionante, incluso un asesino en serie.

Quitó el encendedor eléctrico del auto, y miró y olfateó atentamente su parte superior. Luego acercó su nariz hacia el cenicero y no sintió ningún olor. Al parecer, Joaquín no fumaba y eso era extraño, porque —aunque resultaba paradójico— la mayoría de los médicos que él conocía eran asiduos fumadores. Revisó la guantera y, desafortunadamente, no encontró nada interesante, sólo un diario del día anterior.

Finalmente, Joaquín volvió al auto y pidió disculpas. Tomás no dijo nada, estaba demasiado estoico a causa del aburrimiento y no tenía ganas ni siquiera de hablar. Joaquín dejó una bolsa de papel detrás del volante y puso en marcha el vehículo. Por primera vez se percató de que Tomás tenía una capacidad extraordinaria para pasar de extrovertido a introvertido y viceversa en cuestión de segundos. Sin duda el chico había destruido el puente que antes los había intercomunicado a los dos, dejándolos aislados el uno del otro a pesar de estar ambos dentro del mismo auto.

— Me contaron que sabés mucho sobre psicología —preguntó Joaquín para intentar volver a llevarse bien con él—. ¿Es verdad eso?

— Mi abuela es psicóloga. Así como a algunos sus padres les leen las historias de los Tres Chanchitos o Caperucita Roja, ella a mí me leía las Obras Completas de Freud —Tomás hizo una pausa, dudando si continuar hablando o no, pero luego agregó—: Yo quiero ser psicoanalista.

A Joaquín aquella escena le pareció irreal, como si Tomás tuviera mucha más edad de la que aparentaba. Notó algo extraño pero agradable en el ambiente, como si de repente volvieran a ser dos personas que se conocían hacía muchísimo tiempo y fueran íntimos amigos.

— Tu papá estaba muy molesto la semana pasada y me contó lo que le pasó a su rey negro y a su reloj de ajedrez —dijo Joaquín, quien sentía curiosidad por saber la verdad, y creía que tenía posibilidades de que Tomás se la contara, puesto que había vuelto a recobrar su confianza—. No creo que vos hayas hecho eso que él dice.

Tomás dudó unos segundos, pero luego decidió contarle lo que había sucedido.

— Mis hermanitos perdieron muchas piezas de mi ajedrez, así que cuando vino mi primo a visitarme tuvimos que usar el juego de marfil de mi papá, y también utilizamos el reloj para jugar partidas relámpagos a cinco minutos. En la última partida que jugamos, él tenía un alfil de más pero se le terminaba su tiempo, así que estaba por perder. Un segundo antes que cayera la banderita de su reloj, se enojó tanto que le dio un golpe fuerte al reloj y agarró a mi rey y lo tiró por la ventana. Dijo que mi rey se había suicidado, así que supuestamente él ganaba esa partida. Luego, cuando se calmó, fuimos a buscar el rey al jardín pero no lo encontramos. Seguro sigue todavía por ahí en algún lugar, oculto entre las plantas.

— ¿Y por qué no le dijiste a tu papá que vos no fuiste el culpable de perder esa pieza ni de romper el reloj?

— No soy chismoso, jamás delataría a mi primo. Él es el único que tiene tiempo para jugar al ajedrez conmigo, a pesar de que no le gusta porque siempre pierde. También me enseñó a jugar al truco y al póker, pero en eso siempre me gana.

Finalmente llegaron al aeropuerto y Joaquín detuvo su vehículo.

— Te voy a contar un secreto: no tengo perros, el encargado de mi edificio me mataría si tuviera alguna mascota —dijo, pasándole la bolsa de papel madera que tenía detrás del volante—. Esto es para vos.

Tomás agarró la bolsa y miró lo que tenía en su interior. Lo primero que vio fue una caja con la foto de un juego de ajedrez de cristal. Luego encontró un papel celeste, el cual, en letra sobria y legible, decía «Para un futuro gran psicoanalista y una gran persona. Feliz cumpleaños». Le sorprendió que las letras fueran comprensibles, puesto que la mayoría de los doctores tenían una caligrafía similar a los jeroglíficos egipcios.

Le gustaba que el regalo no tuviera ningún envoltorio, puesto que lo consideraba más natural así como estaba, sin adornos artificiales. ¿Joaquín había bajado del auto tan solo para comprarle ese regalo?

— ¿Cómo supiste que...—empezó a decir Tomás.

En ese mismo momento, Joaquín le devolvió su documento, así que no necesitó escuchar la respuesta. Tomás se bajó del auto con su mochila y su regalo, cerrando la puerta tras de sí.

— No te olvides de visitar la isla San Martín, que está en el centro de las cataratas —dijo Joaquín, al mismo tiempo que volvía a poner en marcha su vehículo—. Es de dificultad elevada, pero vale la pena. Mucha gente viaja hasta las cataratas pero no visitan la isla, no saben que se pierden la frutilla del postre.

Cuando el auto se estaba alejando, Tomás vio a Federico a media cuadra de distancia.

— ¿Sabés a qué hora tu primo piensa dignarse a venir a trabajar? —le preguntó Blas a Tomás cuando éste entró a la oficina de aquél.

— No tengo ni idea —respondió Tomás.

Federico era irresponsable con respecto a cumplir su cantidad de horas diarias de trabajo, pero Blas no le hacía muchos problemas porque, a su manera, era un empleado eficiente. Blas ya había escuchado de Santiago e Irene todo sobre el caso del pastor evangélico, pero quería escuchar a Tomás, porque al fin y al cabo era él el que había atado los últimos cabos en la investigación.

A Tomás no le gustaba contarle todo a Blas, pero tenía que hacerlo porque era su jefe. Después, tuvo que escucharlo hablar sobre sus problemas matrimoniales y los supuestos inconvenientes financieros de la agencia.

El criminólogo sólo pudo escuchar quince minutos, y luego no le prestó más atención, aunque su postura y sus eventuales gestos podían sugerir lo contrario. A cada tanto le miraba a los ojos y luego volvía a mirar en otra dirección: sabía que su penetrante mirada inhibía a los que tenían sucios secretos que ocultar. Parecía que escuchaba todo atentamente, pero en realidad estaba analizando a su interlocutor.

Sabía que Blas no era bueno, sino cobarde, pero la mayoría de las personas no notaba nunca la diferencia entre estas dos características. Como Argentina era mayoritariamente zurda en la actualidad, él se autodefinía sin temor como «*intelectual de izquierda*», pero Tomás sabía que la mejor definición era «*zurdo capitalista*». Era un secreto a voces que pagaba una miseria a sus empleados y que se llevaba, sólo para él, más del 80% de las ganancias de la empresa. Tomás no sabía exactamente cómo hacía Blas para prostituirse intelectualmente de una manera tan extrema, pero lo cierto es que siempre, en todos los temas, opinaba lo que la gran masa opinaba. Sí, Blas en la actualidad era muy zurdo, aunque cuando Videla había asumido la presidencia fue uno de sus más enérgicos apologistas.

Unos meses antes, investigó a su jefe y descubrió que éste denunció a varias personas con los militares; por lo que Tomás sabía, esas personas no habían sido comunistas, sino que tan sólo habían cometido el error de enemistarse con Blas por motivos personales, por lo cual éste había decidido vengarse de una forma rastrea pero eficaz. No obstante, había algo menos grave pero que para Tomás resultaba incluso más repugnante que todo lo demás. Sabía que Blas tenía tatuado en un brazo el logo de un equipo de fútbol. Él detestaba eso y sentía un profundo desprecio hacia todas las personas tatuadas, porque consideraba a los tatuajes permanentes como una inequívoca prueba de la mediocridad de sus poseedores.

Al estar frente a alguien así, Tomás se sintió más tolerante con respecto a juzgar a su primo. Si bien se podría pensar que Federico y Blas eran iguales en eso de prostituir su manera de ser, Blas lo hacía por cobardía, para no llevar la contra a nadie. En cambio, Federico nunca era cobarde ni esnob, sino que fingía ser otra cosa para lograr un objetivo muy concreto, jamás para quedar bien ni para encajar en la sociedad.

Finalmente, cuando salió de la oficina de su jefe, Tomás pidió prestado el auto a Santiago. Tomás notó algo extraño en su comportamiento, puesto que no hizo ninguna pregunta y parecía triste, pero agarró la llave del Peugeot 405 y salió de la oficina: se preocuparía por Santiago cuando terminara lo que estaba haciendo, porque no podía pensar en nadie más en ese momento.

Federico salió de su lugar de trabajo camuflado con una gorra roja, anteojos oscuros, pantalones de jeans, remera naranja y zapatillas deportivas. Le gustaba trabajar en el departamento de la Dirección de Investigación Criminal, porque prácticamente podía hacer cualquier cosa. Además, no tenía que usar uniforme, puesto que siempre iba vestido de civil. Entró a una camioneta Toyota blanca que no tenía ninguna identificación policial.

A Tomás le costó reconocer a su primo, pero luego de unos segundos lo identificó por la forma de caminar. Muchos cuando comenzaban en la Policía

eran personas decentes, pero en cuestión de semanas, debido al entorno, se volvían corruptas. Sin embargo, desde el primer momento en el que fue policía, Federico estuvo como pez en el agua. Ver a un policía proveniente de una familia de clase alta era tan raro como ver a un político argentino honesto, pero él, como todos sus demás compañeros, se hizo policía porque no le había quedado otra opción. Había estado tres años en una facultad de derecho, pero a pesar de ser una persona inmensamente astuta y de gran intelecto, no era responsable ni dedicado al estudio, por lo cual su vida académica fue un rotundo fracaso. Por este motivo, de la noche a la mañana, decidió ser policía, porque era el camino más fácil para tener un oficio. Pero no le fue mal, sino todo lo contrario.

Dos horas después, Federico y sus compañeros estaban golpeando brutalmente a un adolescente en una plaza. Unos cuantos dientes cayeron al suelo y salía a borbotones sangre de su boca, mientras un par de cachiporras seguían impactando con su marginal rostro y su cadavérico cuerpo tatuado y mugriento. Tomás estaba observando todo a escasos metros, oculto entre la multitud. Sintió una leve punzada en su cerebro. No quería ver aquello, pero siguió mirando hacia esa dirección. Veía la cruel sonrisa que trasmitía el inequívoco placer que su primo sentía haciendo eso, como si estuviera practicando algún sano deporte.

— Feliz cumpleaños —dijeron los dos al unísono mientras se estrechaban la mano, en el mismo instante que un avión volaba a menos de un kilómetro sobre sus cabezas.

Ya no estaban peleados, eran amigos de nuevo. Ambos tenían emociones intensas, las cuales nunca duraban demasiado, porque su propia energía las desgastaba hasta hacerlas desaparecer.

Tomás notó que Federico tenía una cadenita de oro en el cuello, con una cruz colgada en ella. No la había visto antes así que supuso que era nueva, que alguien se la había regalado hacía pocas horas. ¿Habría sido su abuela? No, imposible, ella no creía en esas cosas.

Federico le quitó la mochila que Tomás llevaba colgada de un solo hombro y le dio el paquete rectangular que tenía en su mano izquierda.

— Es para vos —dijo—, el regalo que te compramos la abuela y yo.

Tomás rompió el envoltorio, mientras ambos caminaban hacia el edificio del aeropuerto. Se trataba de un ajedrez de madera. Era su día de suerte, le habían regalado dos buenos juegos de ajedrez en un solo día.

— El señor del negocio donde compré este ajedrez me dijo que es un Staunton, como el que usan los jugadores profesionales —dijo Federico, y luego lo miró directo a los ojos y agregó—: Me contó también que los reyes de madera no se suicidan.

Ambos sonrieron y siguieron caminando, mientras Federico colgaba la mochila de su primo en su propio hombro.

El martes 13 de agosto por la mañana, Tomás se encontró con su tío Bruno para desayunar en un bar, frente a la costanera, donde una suave brisa matinal refrescaba el ambiente.

— ¿Cómo va la guerra de los primos Di Bastian? —preguntó Bruno, tratando de no demostrar el excesivo interés que tenía en ese asunto.

Tomás no dijo nada y miró hacia el río Paraná, mientras llevaba una medialuna a su boca. Como pasaron los segundos y Tomás no respondía, Bruno continuó:

— Borges dijo que *«hay que tener cuidado al elegir a los enemigos porque uno termina pareciéndose a ellos»*.

Tomás se quedó en silencio unos segundos más, mientras tomaba unos sorbos de café.

— Otra frase que Borges copió, ¿acaso tenía algo original ese viejo? —replicó finalmente—. La verdadera frase es de Nietzsche y dice *«aquel que se enfrente a los monstruos deberá tener cuidado, porque podrá convertirse en uno»*. Además, Nietzsche decía en un solo párrafo de manera sencilla y directa lo mismo que Borges expresaba de manera confusa y oscura en un libro entero. Detesto a Borges, ¡no me gusta ninguno de sus cuentos!

Bruno quedó atónito, aquello lo había impactado. Tomás habría causado un efecto igualmente escandaloso si le hubiera contado que había invadido Polonia: para él, lo que le había dicho su sobrino era igual de malo, o incluso peor. ¿Cómo una persona puede aborrecer los cuentos de Borges? Quizá los filisteos no supieran apreciar el talento de un gran escritor, pero Tomás era inteligente y culto así que era incompresible su actitud.

— Siempre sospeché que Borges se masturbaba mientras buscaba palabras rebuscadas en el diccionario y experimentaba multiorgasmos cuando miraba la portada de El Quijote —continuó Tomás—. Supuestamente era un cuentista, y los libros cuestan dinero, así que lo mínimo que quiero es que cuente algo y que no histeriquee tanto. A cualquiera de sus historias le quitás las palabras dulzonas y al final no queda nada. Por ejemplo, lo único que dice en *«Funes, el memorioso»* es que había un hombre que lo recordaba todo; el resto es relleno que no aporta nada más a la historia. Leyó a Aristóteles sobre la idea de que *caballo* es un concepto abstracto y que no hay uno sólo, entonces inventó toda esa porquería sobre el perro en diferentes minutos. ¿Por qué nunca escribió una novela? ¡Porque ahí debería haber creado algo de verdad en lugar de escribir inventarios para presumir sobre las obras que leyó! ¿Por qué transcribía párrafos enteros escritos en otros idiomas si nadie, ni siquiera él, los entendía todos? ¡Era un soberbio de mierda!

Bruno estaba indignado con todas aquellas palabras y luchó contra sí mismo para evitar tirarle a su sobrino café caliente en la cara. De repente, un fugaz recuerdo pasó por su mente: eso de reemplazar un caballo con un perro le resultaba conocido; no, no era eso, sino al revés, pero decidió no acordarse de todo lo demás.

— No era soberbio sino que ese era su mundo —dijo Bruno—. Borges no hablaría nunca de deportes ni de sexo, porque no sabía nada. Era un tipo feo, anticuado y perdedor con las mujeres, una completa rata de biblioteca que

solo frecuentaba a escritores y a algún que otro militar. Como dice el viejo dicho, un viejo soldado siempre hablará de guerra —hizo una pausa adrede, para causar un mejor efecto en su discurso—. No podés negar que era un gran escritor y un genio.

— ¿Un genio? Sólo era un mediocre que perpetuaba las creencias de su clase. Era asquerosamente facho y no tuvo en toda su vida ningún pensamiento original. ¿Qué se puede esperar de un hombre que tenía miedo a los espejos? ¿Qué hubiera dicho Freud al respecto? Además, a ninguna persona cuerda le gusta Borges. Él es el preferido de los críticos, de los escritores y de los profesores de literatura, pero jamás de un lector común y corriente.

Bruno amago con volver a replicar, pero no lo hizo. Se calmó, porque en ese momento comprendió lo que estaba haciendo Tomás. Él sólo estaba haciéndolo enojar para desviar el tema de conversación.

— A vos que te gusta tanto Nietzsche, seguro que también sabés que decía que quien vive de combatir a un enemigo tiene intención de perdonarle la vida.

— Gracias por compartir tu cultura conmigo —respondió irónicamente Tomás, intentando no demostrar su irritación.

Observó a su alrededor, donde la gente desayunaba entre el barullo generalizado.

— Que ridículos somos —dijo, dando por terminada la inútil discusión—. Si seguimos repitiendo con tanta pasión frases sacadas de su contexto, la gente pensará que somos evangélicos.

Tomás persiguió un par de horas a la camioneta blanca, la cual estaba dando vueltas en círculos alrededor del centro de la ciudad, como si el conductor fuera un inocente turista. Se suponía que Federico —quien en ese momento se encontraba solo—, estaba trabajando, haciendo vigilancia de rutina. Finalmente, se alejó de la zona céntrica; Tomás ignoraba dónde iba pero lo supuso. Era el día del aniversario del fallecimiento de su abuela, así que Federico iría a visitarla. Él iba al cementerio varias veces al mes, pero Tomás no había ido ninguna en esos nueve años, ni siquiera había asistido al funeral. Giró en U y se alejó.

Federico entró en el cementerio y fue directo donde estaba la lápida de su abuela. Se quitó las gafas oscuras y tiró su cigarrillo unos metros antes de llegar a su destino, puesto que creía que fumar ahí sería una falta de respeto hacia la memoria de su abuela. Tomás le había explicado que existía una relación entre la muerte de ella y el hecho de que él empezara a fumar justo unos días después de su fallecimiento, pero no recordaba cuales habían sido sus palabras.

Se arrodilló sobre la tumba y se quitó la cadenita del cuello, depositándola sobre la lápida de mármol. No sabía bien por qué hacía esto, pero siempre hacía lo mismo, como si se tratara de un ritual trascendental e ineludible. Se quedó mirando con ojos tristes la lápida. Pasaron los minutos, pero él continuaba inerte, como si estuviera esperando que su abuela reviviera.

El miércoles después del mediodía, cuando Tomás se disponía a abandonar Skopein, Santiago ya se había ido. Así que tuvo que pedirle el Ford Taurus a Irene, pero, para su sorpresa, ella quiso ir con él cuando éste le contó sus planes. No obstante, Tomás puso una condición: ser él el conductor.

— Si me subo a un auto conducido por una mujer sería un inconciente —dijo mientras se subía del lado del conductor y ella en el del acompañante.

No, Tomás no era machista, sino tan sólo un completo sarcástico, sobre todo cuando estaba con Irene, porque ella era igual o peor (o mejor, según el punto de vista de quien lo juzgue). Era en la crítica ácida, el humor negro y el crudo sarcasmo en lo que fundamentalmente se basaba la relación que tenía con Irene, o *Ironía*, como gustaba llamarla.

— ¿Me podés explicar otra vez, por qué estamos haciendo esto? — preguntó Irene luego de media hora, mientras seguían a la camioneta Toyota blanca.

— Sospecho que mi primo está metido en algo turbio porque cada vez se comporta más raro.

— Si estás aburrido porque no tenés un caso interesante, ¿por qué no lees un libro de detectives en lugar de perseguir gente? — bromeó Irene en tono de reproche, aunque a ella también le estaba resultando estimulante la persecución.

Tomás detuvo el vehículo a casi sesenta metros de distancia de la camioneta blanca, la cual había estacionado en un bar. Federico descendió con tres policías más, los cuales también estaban vestidos de civiles.

— Creo que perdí mi amor hacia las historias de detectives —respondió Tomás mirando fijo hacia el bar—. Ahora la veo como una literatura vacía, que no tiene nada nuevo que contarme. Además, siempre repiten la misma estructura, ocultando detalles importantes y estafándonos sin piedad, convenciéndonos en el final de que esa era la única solución lógica, pero en realidad es algo arbitrario y tramposo. ¿Por qué no cuentan la vida cotidiana de los detectives? Nunca mencionan nada sobre sus dudas, inquietudes, temores... Es como si sólo fueran máquinas de investigar y hacer deducciones. Siempre hay mucha sangre absurda derramada por todos lados, pero nunca corre ni siquiera una sola gota por sus venas.

— Los lectores quieren héroes —dijo Irene con seguridad.

Federico se moría de ganas por contarles a sus compañeros el nuevo caso que había resuelto el fin de semana, pero no podía hacerlo porque se suponía que él no debería haber estado ahí: los policías tenían prohibido trabajar como investigadores privados. Pero igual les contaría a otras personas, puesto que bastaría decir que estaba trabajando en ese caso como policía. ¿No se suponía, después de todo, que la Dirección de Investigación Criminal debía hacerse cargo de todos los crímenes ocurridos en la provincia?

— A mí cuando son demasiado putas ya no me resultan atractivas...— dijo mientras se sentaban alrededor de una mesa, pero guardó silencio abruptamente.

Otra vez esa extraña sensación, la cual sólo sentía cada vez que Tomás lo miraba fijamente. Se tapó la nuca con la palma de su mano izquierda, porque por alguna extraña razón de esa manera evitaba sentirse observado, lo cual lo incomodaba como ninguna otra cosa lograba hacerlo. Nunca le había contado a nadie sobre eso, ni siquiera a Tomás, porque sabía que éste le diría que eso era una superstición estúpida. Pero su primo no estaba cerca ahora, ¿o sí? Se sentía vulnerable, expuesto, como si todos sus sucios secretos hubieran conocido la luz del sol.

Las dos prostitutas estaban semiocultas en la oscuridad de la noche cerca de un árbol. Tenían muchísimo frío, pero abrían sus tapados para que los potenciales clientes que pasaban por la avenida con sus vehículos pudieran ver sus atributos. Una camioneta blanca se estacionó unos segundos cerca de dónde estaban ellas dos y el conductor le hizo señas a Pamela para que se subiera. Ella lo reconoció, era Di Bastian, el sádico policía.

Además de ser marginadas socialmente, las prostitutas tenían otros problemas: debían trabajar gratis con todos los policías, quienes eran sus más asiduos clientes.

— Dale, apuráte pendeja, que no tengo todo el día para vos —gritó Federico desde su vehículo.

Pamela se despidió de su amiga y se subió al vehículo de mala gana. Di Bastian casi siempre la elegía a ella, quizá porque era la más joven: todavía no había cumplido los 16 años.

A unos metros de distancia, estaban Irene y Tomás:

— Creo que ya vimos suficiente por esta noche —dijo ella mientras él doblaba la esquina y se alejaban con el Ford Taurus.

Cuando Tomás llegó a su casa, su tío Bruno estaba esperándolo en el pórtico y fueron a hablar en la sala de la biblioteca. Bruno había comprado la revista *Animal Racional* y estaba indignado por lo que había leído y quería explicaciones de Tomás, pero éste sólo sonreía.

— No tenías que escribir sobre la enfermedad de Federico —espetó Bruno con énfasis.

Para su sorpresa, Tomás hizo más visible su sonrisa.

— ¿Me podés decir qué es lo que te causa gracia? —preguntó Bruno más enfadado.

— Es gracioso que lo digas justo vos.

— ¿Qué querés decir con eso?

— Que me parece curioso que lo diga justamente un escritor. Ustedes se pasan la vida escribiendo sobre la gente y ahora resulta que yo soy el que

tiene que dejar de hacerlo. Claro, claro, Proust creía tener licencia para mirar por la ventana porque era escritor, pero los científicos no podemos hacer eso.

— Lo que quiero decir es que no tenías que publicar una tesis contando toda la vida de Federico, porque si él se entera te va a matar a golpes.

— ¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Inventar un cuentito boludo como hacen ustedes y adornarlo con lindas palabras que no significan nada? Por lo menos soy honesto y objetivo, cuento la verdad sin endulzarla. Eso es a lo que me dedico, soy un científico, mi trabajo consiste en investigar.

— Espero que la verdad signifique tanto para vos, porque Federico te va a matar cuando se entere todo esto. ¿En qué mierda estabas pensando para hacer una cosa así?

— ¿Qué te pasó a vos? ¿Ahora de repente te convertiste en altruista? — dijo furioso Tomás, al mismo tiempo que su cara se tornaba roja por la ira concentrada— Te recuerdo, por si tenés mala memoria, que cuando la abuela se estaba muriendo, vos estabas muy ocupado escribiendo tu novelita «*Inter Nos*» y nunca te preocupaste por ninguno de nosotros tres. Así que, por favor, ahora no vengas con consejitos baratos de boletos de colectivo.

Bruno quería irse de allí, pero se quedó y respondió a Tomás:

— Te voy a contar un secreto literario que descubrí hace poco y que probablemente no lo conozcas: Sherlock Holmes no necesita a su hermano Mycroft, ni a Irene Adler, ni siquiera al doctor Watson, pero le resulta imprescindible combatir al profesor Moriarty. De la misma manera, cuando inventaron toda esa fábula de Dios, tuvieron que inventarle, necesariamente, un Némesis. Conclusión: todo Quijote necesita sus propios molinos.

Tomás se quedó callado, mirando fijo hacia ningún lugar. No importaba en absoluto hacia dónde posara su vista, puesto que su cerebro había dejado de procesar toda información visual. Cada gramo de su ser estaba concentrado en asimilar las palabras de su tío. A medida que pasaban los silenciosos segundos, su rostro recobraba poco a poco su color habitual.

— Me cago en vos y en tus metáforas literarias. Yo no soy el Quijote ni Sherlock Holmes, así que no me jodas con esas comparaciones pelotudas. Sólo sos un escritor de mierda que no sabe nada sobre la vida, así que no vengas a decirme lo que debo o no debo hacer —dijo tranquilo, con una frialdad que hasta a él mismo lo asombró—. Borges fue una persona patética, qué sólo al final de su vida se dio cuenta que no había sido feliz por haber vivido encerrado entre las cuatro paredes de una biblioteca. Ojalá que no te pase lo mismo.

Bruno se sentía humillado, jamás le habían faltado tanto el respeto. No obstante, no perdió la calma.

— Espero que tengas una buena excusa cuando Federico venga hacia vos con un rifle en la mano —dijo, mientras abría la puerta para marcharse.

Cerró lentamente la puerta, de la misma forma que hacía cada vez que se enfurecía con alguien. Su idea era cerrarla lo más despacio posible, para que la otra persona pensara que no estaba enojado, que no le importaba nada de lo ocurrido. Nunca le habían gustado las escenas dramáticas que hacían

sus hermanos cuando él era chico, cuando se enojaban y cerraban la puerta de un golpe.

— ¡Cuidado, no te asustes —gritó Tomás para que Bruno pudiera escucharlo del otro lado de la puerta—, en el pasillo hay un rabioso tigre, las escaleras tienen la forma de un intrincado laberinto y en planta baja hay un espejo que multiplicará en miles tus soledades!

Todos los hombres Di Bastian sabían muy bien usar el cuchillo; tenían una destreza increíble para torcer el puñal en el momento adecuado y luego arrojar sal sobre la herida. Tomás no era la excepción. Eso no lastimaría a ninguna persona normal, pero su tío era escritor y él estaba seguro que aquellas palabras insultantes hacia Borges le resultarían más dolorosas que cualquier otra cosa.

La biblioteca estaba casi vacía. Bruno no necesitó preguntar el motivo, porque lo sabía. Un libro era una suma de prejuicios y regalarle una biblioteca completa a un chico era algo malo. Él era partidario de que cada uno debía construir libro a libro su propia biblioteca. Era mejor para Tomás ser él mismo quien trazara su propio rumbo, encontrando sus propios autores preferidos e ir comprando nuevas obras a medida que leía los que ya tenía.

La señora Di Bastian alzó la vista del libro que estaba leyendo y vio entrar a su hijo, y supo lo que éste venía a decirle.

— Sólo lo querés porque tiene los mismos ojos que mi padre —dijo Bruno.

— Entonces puedo decir que vos sólo lo odias por ese mismo motivo, porque se parece a tu padre.

— Mamá, por favor, tratá de comprender. Es una estupidez todo esto que pretendés, no pueden vivir ellos dos juntos. Tomás es muy curioso, pero no es el Pricipito, y aunque Federico sí es un zorro no creo que Tomás pueda domesticarlo. Tenés que convencerlo de que vuelva a su casa o que se vaya a vivir en la mía, pero no se puede quedar acá con un psicópata.

Bruno no sabía qué decir, y temía que ya no podría hacer más nada.

— El día que comprendas la razón por la cual Tomás nunca juega en ese ajedrez de cristal vas a entender muchas cosas sobre la vida —dijo la señora Di Bastian señalando hacia la biblioteca.

Bruno miró desconcertado a su madre.

—Pensé que te gustaban las metáforas —dijo la señora Di Bastian con malicia—. No quiero discutir más sobre ese tema, es algo definitivo. Te escribiré una carta y te la daré en unos días.

— Quizá Federico mate a Tomás antes de eso

— Ese es un riesgo que estoy dispuesta a aceptar.

Bruno sabía que no serviría de nada insistir así que se despidió y salió de la habitación. Al llegar a planta baja, vio a Tomás entrar por la puerta principal con la cara ensangrentada, un ojo morado y el labio hinchado. Su peor temor se estaba haciendo realidad.

— Tomás, ¿qué te pasó? —le preguntó nervioso mientras éste subía por las escaleras.

Tomás no contestó nada y subió al primer piso lo más rápido que pudo. Se lo veía lleno de cólera, pero no estaba llorando ni parecía triste.

Bruno pensó en seguirlo, pero justo cuando puso un pie en la escalera, la puerta se volvió a abrir y entró Federico. Bruno se lanzó hacia él deliberadamente, lo agarró por los hombros y lo arrinconó contra la pared.

— ¡Loco de mierda!, ¿qué le hiciste a Tomás? —dijo eufórico.

Nunca en toda su vida se había puesto tan violento y menos con alguien mucho más joven que él, pero quería demasiado a Tomás como para pensar en sí mismo y en protocolos sociales.

— ¡Soltame! —gritó Federico furioso, un par de segundos luego de haberse recuperado de la sorpresa inicial, lanzando unos metros hacia atrás a su tío—, yo jamás le pegaría a él, ¿quién carajo te creés que sos para acusarme de algo así? Y vos sos escritor, ¿con qué derecho me decís loco a mí?

El jueves, Tomás e Irene volvieron a seguir a Federico. Luego de más de tres horas, Federico se bajó de la camioneta blanca y ésta siguió su marcha.

— No me esperes para cenar —bromeó Tomás mientras descendía rápidamente del auto e Irene se contorsionaba para acomodarse en el asiento del conductor y sujetar el volante.

Federico caminó tres cuadras y entró a un local donde hacían tatuajes. Tomás no podía creer donde se había metido su primo. ¿Había ido hasta allí para un operativo? Entonces supo la verdad: se trataba de una trampa. Giró media vuelta y empezó a caminar con prisa, necesitaba salir de ese lugar y no pensar en nada más.

¿Pero si Federico había entrado a hacerse un tatuaje?

Un momento, ¿a los policías se les permitía hacerse tatuajes?

No le gustaba improvisar pero tendría que hacerlo. Tenía que olvidarse de su meticuloso plan y jugar el juego con las nuevas reglas, porque la alternativa era asumir el fracaso y aceptar que la psicopatía no tenía cura. Se había alejado casi noventa metros cuando giró nuevamente 180 grados y corrió hacia el lugar donde había entrado su primo. Un olor rancio invadía el ambiente. Observó detenidamente por la ventana. El interior no medía más de seis metros cuadrados. Había una mujer y cuatro hombres, ninguno de los cuales era su primo: eran tan sólo personas patéticas y con un interior tan vacío que necesitaban pintarse el cuerpo para fingir ser especiales y diferentes al resto de los mortales.

Volvió a alejarse del lugar, esta vez más rápido que antes, mirando nervioso hacia todos lados, completamente paranoico. Ya no había dudas: Federico le había tendido una trampa.

Empezó a jadear y el corazón le latía violentamente. Su estado físico dejaba mucho que desear; había corrido tan solo cuatro cuadras pero le habían

parecido cuatro kilómetros. Pensó que estaba a salvo, pero en una fracción de segundo alguien le agarró del brazo. Perdió el equilibrio y un seco golpe se escuchó al caer su cuerpo al pavimento. Su cara chocó contra el suelo y una fría mano lo sujetaba por la nuca y le torció su brazo detrás de la espalda. Un fino hilo de sangre le salía por sus orificios nasales.

Esa cuadra tenía una aguda inclinación vertical y la camioneta blanca, estacionada de manera abrupta, había empezado a descender hacia atrás. Escuchó que uno de los compañeros de Federico le gritaba a otro para que presionara el freno de mano.

Federico estaba esperando a su primo en la sala de interrogatorios. Tomás entró en la habitación, esposado con las manos detrás de la espalda y escoltado por dos policías. Éstos lo llevaron a sentarse frente a la mesa donde estaba Federico y luego los dejaron solos.

— Que curioso es esto —dijo Tomás cínicamente, intentando no impregnar el temor en sus palabras—. Siempre pensé que en la sala de interrogatorios debían estar dos policías, uno que interpretara el papel de bueno y el otro que actuara normalmente, o sea de reverendo hijo de puta. Pero, pensándolo mejor, vos toda tu vida interpretaste alternadamente ambos papeles.

Federico intentó no perder su cara de póker y hábilmente sacó un cigarrillo de su campera de jeans y lo encendió. Se sorprendió al ver la chomba azul de Tomás manchada con suciedad y sangre a la altura del pecho y un corte en su cara, debajo de su ojo izquierdo; pero no era el momento adecuado para demostrar preocupación ni curiosidad: debía hacer lo que tenía planeado, porque probablemente no tendría otra oportunidad en el futuro. La puerta se volvió a abrir lentamente y apareció una mujer con un vaso en la mano.

— Traigo agua para el sospechoso —dijo Alicia, intentando parecer casual pero no lo había conseguido.

Federico se levantó súbitamente, le quitó el vaso y lo arrojó de manera violenta contra la pared contraria a la de la puerta. El recipiente se hizo trizas, salpicando agua y esquirlas de vidrio por todos lados.

— ¡Conchuda de mierda! —le dijo a los gritos—, ¿cuándo vas a aprender que si los interrogados toman agua no podemos hacerles nada porque las marcas de los golpes serían visibles?

La mujer entró en pánico y salió a toda prisa de la habitación, mientras Federico cerraba la puerta de acero de una violenta patada.

El sonido metálico le causó a Tomás un ardiente impulso de sangre hacia la cabeza. ¿Todo aquello era una elaborada pantomima o se trataba de algo verdadero? Ya no estaba seguro de nada y se puso visiblemente nervioso, en el mismo instante que una fría gota de sudor bajaba por una de sus axilas. Su ritmo cardíaco había acelerado hasta niveles extremos, lo que le provocaba un fuerte dolor en el corazón.

— Tengo derecho a una llamada —dijo Tomás lo más relajado que pudo.

Federico soltó una carcajada burlona y luego su semblante volvió a adoptar la misma frialdad de antes.

— No me vengas con esa boludez que dicen en las películas. No tenés derecho a nada. Acá mando yo —dijo levantándose de su silla y acercándose a Tomás por arriba de la mesa, señalando su propio pecho con el dedo índice de su mano derecha—, y yo digo que todos son culpables hasta que se demuestre lo contrario.

Federico se volvió a sentar en su asiento, en el mismo momento que sacó su pistola y la depositó sobre la mesa.

— Si hay algo que aprendí de nuestro caso anterior es que todos los que pretenden salvar a otras personas merecen ser crucificados —dijo Federico en voz baja y luego agregó—: Nunca terminás de conocer a una persona.

— Es curioso como las personas hijas de puta como vos siempre piensan que nadie los conoce realmente. Desafortunadamente, siempre hay alguien que nos conoce más de lo que nos imaginamos o nos gustaría. Vi lo que vos y tus amiguitos hicieron en la plaza Torrent.

— A vos que tanto te gusta investigar, seguro que también habrás averiguado los antecedentes de ese delincuente, como por ejemplo que violó a tres nenitas pero que no va preso porque es menor de edad.

— No me importa qué es lo que pasa con esa clase de gente. Lo que me preocupa es el monstruo en el cual vos te estás transformando. No creas que podés hacer cualquier cosa y quedar impune. Te estás convirtiendo en un tipo demasiado violento.

Federico se tapó la cara con sus manos y luego se pasó las palmas fuertemente por los cabellos.

— Ahora resulta que matar al pastor de una iglesia evangélica es algo permitido según vos, pero golpear a un violador de nenas es algo malo. Creo que deberías hacerte ver con un psiquiatra —dijo indiferente, mientras empezaba a desarmar su pistola— ¿Estás haciendo todo este lío porque sacrificué a un caballo? ¿O hay algo más? Contáme por qué carajo me estabas persiguiendo y capaz puedas salir caminando de este lugar. Pero no te prometo nada, todo depende de lo que vos digas.

Los minutos pasaban y ninguno de los dos decía nada. Federico sacó de entre sus ropas una revista y la tiró sobre la mesa: en la tapa decía «*Radiografía de un psicópata*» y tenía la foto de un hombre pelado con cara de fanático religioso.

— ¿Me podés decir qué carajo quisiste decir con eso de que soy una persona tóxica y no sé cuanta mierda más? —dijo Federico con una despiadada frialdad, la cual podía haber intimidado a cualquiera.

Tomás se detestaba a sí mismo por tener miedo. Nunca, en toda su vida, había estado tan aterrorizado y nervioso. Lo único que se le ocurrió para tener (creer tener) el control de la situación fue hacer enfurecer a su primo.

— No sos vos, no sé por qué te sentís identificado —Tomás era un experto en psicología inversa, léase aquí entre líneas «*sos vos, es lógico que*

te sientas identificado», porque en realidad eso fue lo que dijo, aunque sin decirlo.

Federico agitó por los aires su dedo índice, señalando a Tomás y luego con voz furiosa dijo:

— No te hagas el boludo conmigo, porque nos conocemos muy bien. ¿Acaso tenés complejo de mártir, pelotudo? ¿Por qué mierda no rajaste de *mi casa* —léase «*nuestra casa*»— cuando falleció la abuela?

La abuela... de pronto pensó en ella. Se estaría revolcando en su tumba en esos momentos si se enterase que la guerra de los primos Di Bastian había llegado hasta límites insospechados.

— ¿Por qué te quedaste? —dijo, pero esta vez con voz más calma mientras volvía a armar su pistola.

Tomás no dijo nada. Hace mucho tiempo se había dado cuenta que, si se quedaba lo suficientemente callado, las personas escuchaban con frecuencia lo que temían y/o deseaban escuchar.

— ¿Así que para vos soy sólo una maldita rata de laboratorio, cierto?

Tomás se quedó mirando a los ojos a su primo, pero continuaba sin abrir la boca. Su rostro tampoco expresaba nada, puesto que se había transformado en algo carente de vida.

— Estoy aprovechando el poco tiempo que me queda en Corrientes, porque en septiembre voy a ir a España a hacer mi doctorado. Necesito conocer todo sobre vos para poder hacer mi nueva tesis.

Federico no podía creer lo que estaba escuchando, tenía ganas de saltar sobre Tomás, tirarlo en el piso y golpearlo hasta dejarlo inconciente, porque de esa forma evitaría que siguiera diciendo ese tipo de cosas. Salió de la sala de interrogatorios lo más rápido que pudo, porque temía lo que podía llegar a hacer si permanecía más tiempo en esa habitación escuchando a su primo.

— Roberto, vení a vigilarlo al señor investigador para que no haga ninguna estupidez más —le dijo irónicamente a uno de sus compañeros.

Cuando Roberto entró en la sala, Federico cerró la puerta desde afuera.

— ¿Qué le pasó a mi primo en la cara? —le preguntó a Alicia.

— Fue culpa de Roberto, porque lo tiró en el suelo —dijo dubitativa. No le gustaba ser chismosa pero sabía que Federico no se detendría hasta encontrar al culpable.

Se escucharon unos gritos desesperados desde dentro de la sala de interrogatorios y Federico volvió a entrar, asustado. Vio a su primo tirado en el piso y se acercó impulsivamente a Roberto, mirándole de una manera asesina.

— Sólo está desmayado, no quise hacerlo pero se tiró encima de mí y no tuve alternativas —dijo Roberto temeroso—. No fue mi culpa.

— Eso es porque lo asustaste cuando lo agarraste en la calle y le cortaste la cara. ¿Qué parte de «*no lo lastimen*» no entendiste?

Federico le propinó una trompada en la boca y lo tiró contra una pared.

— No te vuelvas a meter con alguien de mi familia porque te voy a romper todos los huesos a patadas, ¿me entendiste, pedazo de infeliz hijo de puta? —Roberto no contestó, pero Federico tampoco había esperado respuesta—. Ahora empezá a rezar para que en la tintorería puedan sacar esas manchas de su chomba, porque si no, vuelvo, te cago a trompadas y te bajo todos los dientes.

Había ido a la librería para acompañar a su abuela. Federico sabía que la muerte de ella era inevitable así que había decidido pasar todo el tiempo posible a su lado. Buscó con la vista el Kama Sutra en los estantes..

— Mirá este libro —dijo la señora Di Bastian, al mismo tiempo que le pasaba un libro a su nieto—, es gracias a esta obra que te llamás así.

Federico leyó lo que decía en la portada. Se trataba de «Humano Demasiado Humano», de Friedrich Nietzsche.

— Ya habías nacido y tus padres aún no sabían qué nombre ponerte — mintió con descaro la señora Di Bastian, porque sabía que su nieto no averiguaría la verdad puesto que había perdido todo contacto con sus padres luego de que éstos lo echaran de su casa—. En esos días, yo estaba leyendo este libro y por eso sugerí el nombre de «Federico» a tu madre.

La señora Di Bastian, a pesar de su apacible figura, poseía una mente fría y calculadora. Veía como algo poético el hecho de que Tomás conociera a Nietzsche por medio de Federico.

La anciana siguió caminando hasta perderse en el laberinto de altos estantes que conformaban la gran librería. Su plan consistía en dejarlo solo a Federico con el libro, de tal modo que cuando decidiera comprarlo pareciera una idea suya. La señora Di Bastian sabía que su nieto, ya sea por vanidad o tan sólo por curiosidad, le pediría comprarlo. También estaba convencida de otra cosa: él no terminaría de leerlo, sino que se aburriría en unos pocos días y lo dejaría en la biblioteca principal, donde Tomás no tardaría en encontrarlo.

Después, fueron a almorzar a un restaurante cercano a la librería. La señora Di Bastian veía a su nieto mucho más alegre de lo habitual. En realidad, no estaba más contento sino que su alegría era más sincera, imposible de ocultar.

— ¿Te encargaste de darle su merecido al que golpeó a Tomás? — preguntó, aunque en realidad no era una pregunta sino una afirmación.

Federico se sobresaltó. No pensaba contarle a nadie lo que había hecho. Pero tampoco podía mentirle a su abuela, no porque no quisiera sino porque a ella no se le podía engañar fácilmente. Era la única, además de Tomás, que podía saber cosas ciertas de él sin que él se las contara: era como si ellos lo vieran a través de rayos x, por lo cual le resultaba casi imposible mentirles u ocultarles algo.

— Quiero que me cuentes todo —insistió la señora Di Bastian.

Federico empezó a contarle la verdad.

— No era su problema —dijo temeroso—. Había tres pendejos boludos del último año que golpeaban a los más chicos para quitarles su plata y sus

comidas. Tomás intentó defender a uno de sus compañeros y por eso lo golpearon también a él.

— ¿Y qué les hiciste a esos tres?

— Digamos que el gordo Emanuel tendrá problemas para comer, sentarse y pararse —dijo Federico despacio, porque temía la reacción de su abuela—. Con los otros dos fui más compasivo —esto quería decir que no les había fracturado ninguna costilla sino que sólo les pateó en la cara.

Para su sorpresa, Federico notó que su abuela no se escandalizaba, sino que sonreía. No la veía de tan buen humor desde antes de que se enterara sobre el cáncer.

— ¿Por qué no me contaste todo esto antes? —preguntó la señora Di Bastian.

— Tenía miedo de que te enojaras conmigo por golpear gente.

— No, si bien creo que debemos ser civilizados, sé también que a veces hay que hacer cosas malas para proteger a los que queremos —dijo con voz quebrada.

Unas lágrimas recorrieron su rostro, pero no eran de tristeza, sino de felicidad y confusión.

— Me siento orgullosa de vos —continuó la señora Di Bastian—, porque hiciste algo para ayudar a tu primo, para protegerlo. No hay nada peor que quedarnos de brazos cruzados cuando vemos sufrir a personas que nos importan.

Ambos guardaron silencio, porque la escena había sido más dramática de lo que ninguno esperaba. La señora Di Bastian estaba feliz, realmente feliz, porque por fin tuvo la certeza de que en su nieto todavía quedaba algo de humanidad y buenos sentimientos, que no era sólo un psicópata que jugaba con las personas, a menos no con todas. Por primera vez en todos esos años había realizado una acción desinteresada para ayudar a otro ser humano. Poco interesaba si se había valido de métodos poco ortodoxos, eso era algo secundario, tan sólo un detalle sin importancia.

Federico sonrió y dijo:

— Los tres hijos de puta eran grandes y pesados, sobre todo el gordo Emmanuel, el líder de la patota. Me sorprende lo valiente que fue Tomás al enfrentarlos, a pesar de que sabía cómo terminaría la pelea.

— Él es valiente, prefiere morir peleando que arrodillarse y rendirse. Es igual que vos, no deja que nadie lo pase por encima.

— Sí, somos de Géminis —dijo Federico, como si aquello explicara todo.

Luego de unos minutos de conversación sobre cosas triviales, la señora Di Bastian dijo:

— Si él decidiera quedarse a vivir con vos cuando yo ya no esté, ¿vos podrías hacerte cargo de él?

— Sí, podría —dijo Federico, de manera automática.

— *Está bien, pero quiero que sepas que con él no funcionará ninguno de tus chantajes emocionales ni que te hagas la víctima para manipularlo de manera pasiva. Simplemente no sentirá lástima por vos y eso es lo mejor que alguien puede hacer para ayudarte. Él prefiere que lo insultes de manera sincera antes que seas un hipócrita adulator. Se quedará con vos, pero no tenés que ser mediocre. Te perdonará casi todo, pero nunca la mediocridad.*

Entró a su habitación y se tumbó en su cama. Estaba cansado, había sido un día largo, demasiado largo. Después de más de dos horas dando vueltas de un extremo a otro de la cama sin poder dormir, se dio por vencido y fue al baño. Nunca antes, jamás, había tenido problemas para dormir. Siempre se quedaba dormido minutos después de acostarse, ¿qué le estaba pasando ahora? Se sentía raro, como si fuera otra persona.

En el baño examinó su rostro frente al espejo. Sin dudas era él, el mismo Federico de siempre. Esos sagaces ojos grises lo confirmaban, no había duda de eso. ¿Pero qué le estaba pasando? ¿Por qué no podía dormirse?

Sonrió frente al espejo. Había sido algo muy astuto el hecho de entrar al local de tatuajes. No pensó que el plan saldría tan bien. En ese momento habían seguido jugando al gato y al ratón, pero se habían invertido los roles: el cazador había sido cazado. Esperaba una reacción de Tomás, pero su comportamiento le había sorprendido por completo; antes creía saber que él lo respetaba y no lo consideraba un pelotudo, pero el hecho de que intentara evitar que se hiciera un tatuaje lo confirmaba. Sí, Tomás sabía que él, Federico, no era un imbécil: todos los demás sí lo eran, pero él no. Él también habría evitado si Tomás hubiera querido hacerse un tatuaje, porque eso era algo que sólo hacían los estúpidos que no sabían qué hacer con su vida. La tinta china en el cuerpo de una persona era algo degradante.

¿Tomás lo había traicionado? No, la mera idea era absurda, él no lo traicionaría nunca, estaba seguro de eso. ¿Y entonces por qué lo había estado persiguiendo? ¿Por qué había dejado que publiquen ese artículo en la revista? ¿Le había dicho la verdad en la sala de interrogatorios? ¿Se iría a España?

Volvió a pensar en lo que le estaba ocurriendo. ¿Era remordimiento? No, sabía que eso no existía, que era sólo un invento de las personas débiles, una superstición generalizada. ¿O podía ser algún tipo de virus? En su profesión debía tratar con muchas clases de parias sociales, que siempre estaban mugrosos y hediondos; tal vez ellos le habían contagiado algo. Tal vez...

Estaba tenso, se vestiría y se iría a buscar una puta. No, lo pensó mejor y decidió que no. Quería estar en casa cuando Tomás despertase, porque necesitaba ver su reacción y saber si buscaría revancha inmediata. ¿Había sido demasiado duro con él? No, se lo merecía. ¿Se lo merecía?

Mierda, ¿qué le estaba sucediendo a su mente?

Bruno bajó un cuadro que tenía colgado en su dormitorio y detrás del mismo sacó un sobre. Lo leyó de nuevo, como ya lo había leído cientos de veces, miles, a lo largo de la última década.

Querido Bruno:

No entendés nada sobre la vida y es por eso que sos tan buen escritor. Las cosas no son como pensás, no lo traje a Tomás a esta casa para que cure a su primo; en realidad, lo traje para que ambos se ayudasen entre sí. A pesar de que te resulte difícil creerlo, para él es algo bueno el hecho de tener un adversario como Federico.

Tomás es una persona maravillosa, pero en su casa siempre se sentía solo, porque sus padres siempre estaban trabajando y nunca se comportaban como padres, estaban demasiado ocupados para eso. Debido a esto, podríamos decir que Tomás tuvo que criarse solo. Durante sus primeros diez años, no tuvo una figura materna ni paterna que lo educasen, ni siquiera un hermano mayor, un modelo al cual imitar; pero, y a pesar de que el experimento pudo haber tenido nefastas consecuencias, él eligió el buen camino y es una buena persona. Sin embargo, es emocionalmente inseguro y sentimentalmente distante, se aleja de las personas y vive en su propio mundo, siendo un simple espectador de su propia vida.

Federico es la otra cara de la misma moneda. A él lo quisieron demasiado y consintieron muchísimo todos y cada uno de sus caprichos. Sus padres y sus dos hermanas lo quisieron y desde que nació lo trataron como alguien único, como el pequeño bebé de la casa. Con el pasar de los años, se rehusó a dejar de ser el mimado benjamín y no toleró el hecho de tener que aceptar responsabilidades. Hoy en día, cree tener derecho a controlar la vida de los demás y a estar por encima de las reglas de la sociedad. Es malcriado, arrogante, manipulador, mentiroso, egocéntrico, ocasionalmente perverso y muchas otras cosas más que llevarían todo un libro describirlas, pero, en resumen, es un claro caso de lo que se conoce como psicópata.

Para Federico quizá ya esté todo perdido y si todo sigue así dudo mucho que pueda sobrevivir hasta los cuarenta años. Pero hay algo de lo cual tengo mucho miedo y me aterra tan sólo pensarlo: que dentro de unos años Tomás se sienta tan solo que se volverá completamente loco a causa de esa imperdonable soledad.

Sé que quizá te parezca exagerado esto que estoy diciendo, pero es verdad, si él llevaba ese mismo ritmo de vida solitaria, lo más probable es que acabaría suicidándose o internado como paciente agudo en un psiquiátrico. El Planeta Tierra no es un lugar seguro para las personas pensantes. Nietzsche estuvo demente once años antes de morir; no quiero que eso le suceda a Tomás, me estremece tan sólo imaginármelo. Quiero creer que Federico puede ser su cable a tierra. Él lo protegerá y no le hará daño, a menos no de manera intencional. Además, no puede manipularlo, así que su mejor estrategia para estar a su lado es siendo bueno. Habrá muchos efectos secundarios no deseados, como en cualquier relación humana, pero confío en que ninguna sea irreversible.

No te creas todo lo que dicen los refranes populares, la mayoría de las veces es mejor estar mal acompañado que solo. Con Federico por lo menos puede discutir, sentir el calor humano aunque sea a los golpes (te lo digo de una forma metafórica, no te lo tomes todo a la tremenda). Cualquier otra persona debería escapar de un psicópata, pero Tomás no es como cualquier

persona, su personalidad es dura como una espada que necesita usarse. Si puede sobrevivir a un psicópata, en el futuro será capaz de cualquier cosa.

Como te dije antes, Tomás es casi completamente inmune a las manipulaciones de los psicópatas. Esto es así porque los psicópatas juegan con los deseos reprimidos de sus víctimas, les prometen cosas que ellos no son capaces de conseguir por sí mismos, pero Tomás es independiente y seguro de sí mismo, así que no necesita que alguien le levante su autoestima.

El mundo es peligroso, nuestro país es peligroso. Estamos en plena guerra entre zurdos y fachos, los cuales tienen el mismo grado de mediocridad. Día a día desaparece gente sin dejar rastros, aunque por ahora la tragedia no nos toca de cerca. ¿Quién lo hubiera dicho? Antes creía que lo peor de nuestra familia era que estábamos siempre en nuestros propios asuntos. Pero ahora ese mismo defecto es una virtud, puesto que no tenemos tiempo ni ganas para ser parte de esta absurda guerra de ideologías de las mentes ignorantes.

Todo esto me asusta, pero sé que mis dos nietos preferidos saldrán adelante a pesar de todo. Tomás y Federico ahora tienen su propia guerra personal, la cual les mantendrá ocupados y alejados de la mediocracia. Lo único que te pido es que te quedes cerca y que los visites de vez en cuando.

Te quiere, mamá.

Volvió a poner la carta en el sobre y la guardó donde estaba.

Ya no necesitaba esperar más. El momento que tanto había esperado llegó, tantos años de investigaciones por fin darían sus frutos. Sería su novela más personal, la más autobiográfica de todas. Contaría todo sobre tres generaciones de su familia: todo, absolutamente todo. Ya tenía un título en mente: «*El peso del apellido italiano*».

Eran las seis de la mañana del viernes cuando finalmente abrió sus ojos. Se encontraba acostado en su cama, con sus jeans puestos y con el torso y los pies desnudos. En el suelo estaban sus zapatillas con las medias dentro, en sospechoso orden y simetría. Sobre su mesita de noche vio su chomba azul, la cual, supuso, había sido lavada y planchada meticulosamente en una tintorería. Aquellas eran cosas típicas de todos los psicópatas, las cuales intentaban transmitir algún mensaje; quizás eran simplemente una forma con la cual Federico le decía que seguía teniendo el control o quizá los motivos fueran más humanos. Se tocó la cara y notó que donde tenía un corte estaba cubierto con una bandita adhesiva. Sus muñecas tenían algunas escoriaciones a causa de la fricción con las esposas metálicas.

Después de ducharse, fue a planta baja y encontró a su primo, quien estaba preparando mate. No dijeron nada y evitaron mirarse a los ojos, porque cualquier movimiento en falso podía volver a desencadenar una serie de hechos no deseados.

Se sentaron alrededor de la mesa, uno frente al otro, y empezaron a tomar mate tal como habían estado en la sala de interrogatorios. Sus cuerpos

no estaban alejados más de dos metros, pero en realidad un inmenso abismo los separaba.

No, la guerra Di Bastian no había terminado. Sólo se habían dado un receso, una tregua, para recoger del campo de batalla a todos sus muertos y prestar atención médica a los heridos.

A las ocho de la mañana, cuando Federico ya se había ido a trabajar, Joaquín tocó el timbre de los Di Bastian

— ¿Qué te pasó en la cara? —preguntó, aunque sospechaba la respuesta.

— Heridas de guerra —dijo Tomás, intentando tomarse la situación con humor—. Te estaba esperando, pasá.

— ¿Cómo sabías que iba a venir si no te avisé?

— Porque es la tradición, cuando los lectores están demasiado confundidos el detective tiene que explicar todo a un doctor de mentalidad miope.

Joaquín sonrió.

— Extrañaba tu simpatía —dijo irónicamente—. Me contó mi hermana lo que tenías pensado hacer y pensé venir a visitarte porque me preocupé. Ya sé que Fernanda a veces exagera, pero igual tenía que venir a ver cómo estabas. También leí la revista que habla sobre tu tesis, supongo que ya sabés que te quemarán en la hoguera —dijo Joaquín divertido, mientras ambos subían por las escaleras hacia la sala de la biblioteca.

Sabía que todo se reducía a problemas de fronteras. Académicamente, los doctores consideraban a los licenciados como una raza muy inferior a la suya. Era predecible que los psiquiatras no tardarían en salir con antorchas por las calles y buscarían a Tomás para decapitarlo; luego llevarían su cabeza a una plaza pública y, agarrándola de los cabellos, la mostrarían al pueblo, como advertencia para todos los demás licenciados en criminología que pretendieran pasarse de listos y meterse en un territorio vedado para ellos.

— Me importa un carajo lo que digan los psiquiatras —dijo Tomás—. Ellos están re locos, son más psicópatas que sus pacientes. En estos momentos, algunos ni siquiera consideran a la psicopatía como una enfermedad, sino como un conjunto de características de una personalidad corriente; «*una forma de ser ante el mundo*», dicen. Incluso están pretendiendo que la comunidad médica considere como enfermos únicamente a las víctimas.

Terminaron de subir las escaleras y llegaron al primer piso. Para sorpresa de Joaquín, Tomás había abierto la puerta del dormitorio de Federico, pero no entró, sino que se limitó a hacerle una seña para observara en su interior.

Joaquín tenía ganas de protestar, pero su curiosidad era más fuerte así que no dijo nada y se acercó hacia la puerta y miró dentro de la habitación.

— ¿Qué se supone que tengo que ver? ¿Hay algo acá que me permita entender todo? —preguntó confundido— ¿Acá está la pista clave?

La habitación estaba impecable y ordenada, casi perfecta pero de una manera artificial e inquietante. Joaquín tuvo la extraña sensación de que nadie vivía ahí, sino que sólo se trataba de un decorado para realizar fotografías que ilustrarían el catálogo de una revista de diseño de interiores.

— No, acá no —dijo Tomás—. La pista clave está en el nombre del perro de Eze.

— ¿Qué tiene que ver el perro de Eze en esto?

— Vamos a la biblioteca y te explico todo —dijo Tomás cerrando la puerta con una sonrisa triunfal: había captado la atención de Joaquín.

En esa misma habitación, nueve años antes, había ocurrido algo que cambió su vida para siempre.

Todo sucedió un día frío a finales de julio. Hacía muchos días que la señora Di Bastian no salía de su habitación. La espera por fin terminaría y pronto llegaría la muerte para aliviarle el dolor. Tomás había ido a visitarla ni bien llegó a su casa después del colegio.

— Cuando yo me muera, quiero que te quedes —dijo de pronto la señora Di Bastian, quien estaba acostada en la cama y apenas si quedaba en ella la sombra de la enérgica mujer que alguna vez fue.

— Pero yo no me quiero quedar —respondió Tomás.

— Es por eso que debés quedarte, porque sos el único que quiere irse, alejarse del psicópata —dijo la señora Di Bastian sujetando la mano de su nieto—. Sos inmune a sus manipulaciones. Él a vos te respeta, no sé como lograste eso, pero la cuestión es que te respeta. No respeta a nadie más ni siquiera a mí; sólo me tiene lástima y gratitud por alojarlo en mi casa cuando sus padres lo echaron.

— No puedo quedarme —dijo Tomás, soltando la mano de su abuela.

Abrió la puerta y estaba a punto de marcharse, cuando escuchó de nuevo la suave voz de su abuela.

— Todo terminará esta noche, así que llamá por teléfono a tu papá y decile que te venga a buscar mañana.

— ¿Me estás echando? —dijo Tomás, cerrando la puerta de nuevo.

— No, no te estoy echando. Comprenderás que no puedo dejar a un psicópata sin tratamiento: es muy peligroso para las demás personas. Pensaba que vos podrías ocupar mi lugar y hacerte cargo de él, pero debido a que no querés hacerlo no tengo otra alternativa, debo llevarlo conmigo. Esta noche voy a matar a Federico y luego me voy a suicidar.

Aquello no podía ser verdad, de tan sólo imaginarse la escena sentía un intenso frío en el estómago. Para colmo su abuela se lo había dicho todo de golpe, sin advertencia, sin anestesia, sin paliativo, sin nada.

— En estos años te enseñé todo lo que sabía sobre psicología y tu privilegiado cerebro te permitió comprender incluso cosas que yo no puedo

hacerlo. Debido a esto, sos la persona indicada para hacerte cargo de que tu primo no lastime a nadie.

— *Hay tantos profesionales que se encargan de eso, ¿por qué no dejás que se ocupen ellos?*

— *Federico no aceptará a ningún curandero de la mente, por eso vos te tenés que quedar cerca, para protegerlo de su peor enemigo: él mismo. Además, vos nunca estarás apurado para que termine una media hora de sesión y tampoco tenés intenciones de hacerte rico a costa de su enfermedad: es por eso, repito, que sos el indicado para curarlo —dijo, aunque sabía que los psicópatas no tenían cura, pero no quería desilusionar ni tampoco subestimar a Tomás—. Ahora, vuelvo a repetir la pregunta, ¿vas a irte de esta casa cuando yo me muera?*

Tomás no pudo responder con palabras y, a pesar del golpe bajo que le había dado su abuela, movió lentamente su cabeza primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha.

Quando entraron a la biblioteca, se quedaron en silencio unos instantes.

— *¿Qué tiene que ver el nombre del perro de Eze con todo esto? — preguntó nuevamente Joaquín, quien estaba perdiendo la paciencia*

— *La primera vez que Laura se fue y llevó a Eze con ella, él se sentía muy triste y solo —dijo Tomás—. Entonces, Federico y yo decidimos regalarle un perro. Por aquel tiempo, yo le estaba enseñando a mover las piezas de ajedrez. Le encantaban los peones, entonces quiso que su perro se llamara Peón. Pero había un problema: cuando le llamábamos por ese nombre, el animal no nos hacía caso. Es algo que sucede a menudo, el perro no acepta su nombre y hay que cambiarlo. Entonces, en ese momento, Federico hizo un comentario irónico que recuerdo siempre: «es un pastor alemán, seguro que no entiende cuando le hablamos en español, ¿y si le ponemos un nombre en su idioma?». Buscamos en un diccionario bilingüe y encontramos que, en alemán, peón de ajedrez se dice bauer. Es por eso que el perro se llama así.*

Joaquín no entendía nada. Si bien la historia le parecía interesante, ¿de qué manera se relacionaba eso con la psicopatía de Federico?

— *No entiendo que...*

— *Lo que intento explicarte es que esa vez, cuando decidimos cómo se llamaría Bauer, comprendí que yo estaba haciendo algo mal con Federico. No importaba cuanto le hablara o intentara razonar con él, él simplemente no podía entender que sus manipulaciones hacían daño a las personas, era como si le estuviera hablando en otro idioma. Es por eso que tuve un plan.*

Tomás no dijo nada durante unos segundos, pero sabía que debía contarle la verdad a Joaquín, quien estaba expectante. Nunca le había mentado ni ocultado nada, y tampoco tenía pensado empezar a hacerlo. Su amistad era sólida gracias a la sinceridad y honestidad de ambos, cualquier mentira u ocultamiento sólo ocasionaría una grieta difícil de cerrar.

— *Psicopatía inversa —dijo finalmente.*

— *¿Qué significa eso, exactamente? —preguntó intrigado Joaquín.*

— Significa que para curar a un psicópata, debemos rebajarnos hasta su mismo nivel y jugar el juego con sus mismas reglas, porque esas son las únicas que respeta. Tengo que manipularle, mentirle, hacerlo dudar y agredirlo sin razón alguna, hasta que le duela, hasta que me odie. Debo arruinar su manera de ser, desestabilizarlo, humillarlo, destruirlo. En resumen, debo hacer con él lo mismo que él hace con sus víctimas, para que de esta manera pueda sentir en carne propia lo que los demás sienten.

— Tu idea es, al menos, ingeniosa, ¿cómo se te ocurrió todo eso?

— Gracias a Borges —dijo Tomás sonriente.

— ¡Pensé que no te gustaba Borges! —contestó Joaquín, suspicaz.

— Justamente por eso, porque no me gusta. Hace unos meses estuve analizando por qué razón no me gustaba y llegué a la conclusión de que se debía a que Borges era un alma simplona que siempre intentaba complicar todo, usando un lenguaje confuso, ambiguo y demasiado metafórico, como si tuviera miedo de contar lo que quería contar; en cambio, las personas complejas necesitamos hacer sencillas las cosas, hablar en un lenguaje científico, inequívoco, sin lugar a dobles interpretaciones. Ahí me di cuenta que con Federico pasaba lo mismo, mi abuela nunca hizo ningún progreso con él porque ella le hablaba en otro idioma, le hablaba de sentimientos, pero eso era inútil porque él no siente nada de eso casi nunca.

Joaquín trató de comprender, pero no podía hacerlo.

— ¿Estás seguro de que eso funcionará? —preguntó.

— No estoy seguro de nada, pero no tengo nada que perder.

Joaquín tenía sus dudas con respecto a eso, pero prefirió no desviar el tema central de la conversación.

— ¿Y no es peligroso para vos, que tal si descubre todo?

— No te preocupes por mí. No corro peligro, estoy dentro de sus códigos psicopáticos. Él no tiene problemas con romper las reglas de la sociedad, pero se siente frustrado y enfermo si rompe alguna de sus propias reglas. Hace mucho tiempo él se puso como objetivo protegerme, así que eso es algo sagrado para él, porque es su propio código, romperlo equivaldría a traicionarse a sí mismo.

Otra pausa.

— Hace muchos años —continuó de nuevo Tomás—, mi abuela le regaló una cadenita con una cruz. Al principio no entendí por qué y tampoco quise preguntar. Pero, con el paso del tiempo, comprendí por qué ella había hecho eso: Federico se había criado como católico y sentía temor a Dios, así que mi abuela quiso aprovechar eso y regalarle una cruz, la cual serviría para inhibir un poco su maldad, porque pensaría que Dios estaba observándolo. Pero mi primo no creía tanto en eso así que ahora la cadenita ya no funciona más. En realidad, ahora me tiene miedo a mí, porque sabe que sé mucho sobre él y puedo usar esa información en su contra.

— ¿Y por qué querías que viera su habitación?

— Para que compruebes con tus ojos que no estoy totalmente loco. ¿Nunca conociste a una de esas personas cuya vida personal es un desastre y son obsesivas con el orden y la limpieza, como pasa, por ejemplo, con los militares? La habitación de mi primo siempre estaba muy desordenada, porque él tenía el control sobre las personas así que no necesitaba tener el control sobre los objetos. Ayer lo desestabilicé y se siente impotente, por eso se pasó toda la madrugada arreglando su dormitorio, para de alguna manera sentir que todavía tiene el control de algo.

— Si hay algo que sé sobre medicina, es que todos tenemos algún tipo de enfermedad o anomalía, por más leve que sea. Todos estamos enfermos, necesariamente. Y esa ley en psicología se aplica más que en ninguna otra ciencia. ¿Cómo creés que se denomina tu enfermedad?

Tomás se quedó callado y lo miró de mala manera.

— Cuando te dije eso no estaba seguro de que fuera cierto —dijo Joaquín—, pero en este momento que te veo tan enojado estoy convencido que es verdad. Hace muchos años aprendiste a aceptar las cosas ciertas, por más incómodas que te resultasen. Ahora no podés hacer una excepción, porque se te hará costumbre aceptar cualquier versión que te convenga, por más ridícula que suene. Hasta que, finalmente, en el momento menos pensado, la gente empezará a llamarte «*católico*».

Joaquín se tapó la cara con las manos, mientras se posaba en él la escrutadora y ahora divertida mirada de Tomás.

— Me contagiaste tu maldito sarcasmo —dijo, y luego se echó a reír.

Durante muchos minutos no dijeron nada más. Tomás pensó en contarle sobre el viaje a España, pero decidió esperar hasta el día siguiente, cuando se reunirían a comer asado y también estarían Fernanda y Ezequiel.

Estaba en su lugar favorito, en su biblioteca, en su imperturbable fortaleza; no tenía ganas de pensar en nada y nada del mundo exterior podría atravesar esos gruesos cristales, que él suponía que eran blindados. No le importaba saber si Nietzsche había matado a Dios o si Dios había matado a Nietzsche. Daba igual.